

llo de aire y las piernas tendidas, como si estuvieran muertos.

El cochero se acordó de haberme conducido. Después de mí había llevado un ciudadano, que se apeó en los Jacobinos; detrás una dama, que había llevado á la calle de Cleri, número 13; en seguida un caballero, que había dejado en Recoletos, calle de San Martín. Ofrecí para beber al cochero, y héme al despuntar el día procediendo al descubrimiento de los mil quinientos francos, como al paso del Noroeste. Me parecía claro que el ciudadano de los Jacobinos los había confiscado en uso de su soberanía. La señorita de la calle de Cleri afirmó que no había visto nada en el carruaje. Llegó á la tercera estación sin ninguna esperanza; el cochero dió entre bien y mal las señas del caballero á quien ha conducido. El portero dijo: «¡Es el padre tal!» y me condujo por un corredor á la habitación de un recoleto, que había quedado para inventariar los muebles de su convento. Este religioso, con una levita llena de polvo, sobre un montón de ruinas, escucha la narración que le hago.—«¿Sois vos, me dijo, el caballero de Chateaubriand?—Si, respondí.—Aquí tenéis vuestra cartera, replicó: yo la hubiera llevado á vuestra casa después de mi trabajo, porque había hallado vuestras señas.» Este fraile, arrojado y despojado, ocupado en contar concienzudamente para sus propietarios las reliquias de su claustro, me devolvió los mil quinientos francos con que me iba á encaminar hácia el destierro. Sin esta pequeña suma, yo no hubiera emigrado. ¿Qué hubiera sucedido? Toda mi vida estaba cambiada. Si yo doy ahora un paso para hallar un millón perdido, que me ahorquen.

Esto pasaba el 16 de junio de 1792.

Fiel á mis instintos, había vuelto de América para ofrecer mi espada á Luis XVI, no para asociarme á intrigas de partido. El licenciamiento de la nueva guardia real, en la que se encontraba Murat; los ministerios sucesivos de Roland, Dumouriez, Dupont de Tertre; las pequeñas conspiraciones de corte ó los grandes movimientos populares, no me inspiraban mas que fastidio ó desprecio. Oía hablar mucho de Mad. Roland, á quien no ví; sus *Memorias* prueban que poseía una fuerza extraordinaria de imaginación. Se la creía muy agradable; resta saber si lo era bastante para hacer soportable hasta este punto el cinismo de las virtudes extranaturales. Ciertamente la mujer que al pié de la guillotina podía una pluma y tinta para escribir los últimos momentos de su viaje, para consignar los descubrimientos que había hecho en su trayecto desde la Consejería á la plaza de la Revolución, tal mujer, muestra una preocupación del porvenir, un desprecio de la vida, de que hay pocos ejemplos. Mad. Roland tenía mas carácter que genio: el primero puede dar el segundo: el segundo no puede dar el primero.

El 19 de junio había ido yo al valle de Montmorency á visitar la ermita de J. J. Rousseau: no porque me complaciese con el recuerdo de Mad. d'Épinay, y de aquella sociedad fingida y depravada, sino porque yo quería decir adiós á la soledad de un hombre antipático por sus costumbres á mis costumbres, aunque dotado de un talento que removía mi juventud con sus aceros. Al día siguiente, 20 de junio, estaba aun en la ermita; encontré dos hombres que se paseaban como yo en este lugar desierto durante el día fatal de la monarquía, indiferentes que eran, ó que serían, creía yo, á los negocios del mundo: el uno era Mr. Maret, del imperio; el otro Mr. Barrère, de la república. El gentil Barrère había venido, huyendo del ruido, á contar, con su filosofía sentimental, escenas revolucionarias á la sombra de Julia. El trovador de la guillotina, por cuyo informe decretó la Convención que el terror estaba á la orden del día, se libró de este terror, ocultándose en el cesto de las cabezas; del fondo de la cubeta de sangre, bajo el cadalso, se le oía solamente graznar la muerte. Barrère era de estos tigres

que Oppiano hace nacer del soplo ligero del viento: *velocis zephiri proles*. Ginguené, Champfort, mis antiguos amigos literatos, estaban encanados con la jornada del 20 de junio. Laharpe, continuando sus lecciones en el Liceo, gritaba con voz estentórea:—«¡Insensatos! vosotros respondíais á todas las representaciones del pueblo: ¡las bayonetas, las bayonetas! Y bien; ¡ahí tenéis las bayonetas!» Aunque mi viaje á América me hubiese hecho un personaje menos insignificante, yo no podía elevarme á tan grande altura de principios y elocuencia. Fontanes corría peligro por sus antiguas relaciones con la *sociedad monárquica*. Mi hermano era individuo de un club de *rabiosos*. Los prusianos marchaban en virtud de un convenio entre los gabinetes de Viena y Berlín; ya había tenido lugar un encuentro bastante fuerte entre los franceses y los austriacos, por la parte de Mons. Ya era tiempo de tomar una determinación.

Mi hermano y yo nos procuramos pasaportes falsos para Lila; los dos éramos comerciantes de vinos, guardias nacionales de París, cuyo uniforme llevábamos, proponiéndonos suministrar fornituras al ejército. El ayuda de cámara de mi hermano, Luis Poullain, llamado San Luis, viajaba con su propio nombre; aunque era de Lamballe, en la baja Bretaña, iba á ver á sus parientes en Flandes. Se fijó para nuestra emigración el 15 de julio, al día siguiente de la segunda federación. Pasamos el 14 en el jardín de Tivoli, con la familia de Rosambo, mis hermanas y mi mujer. Tivoli pertenecía á Mr. Bontin, cuya hija se había casado con Mr. de Malesherbes. Al concluirse el día, vimos correr á la desbandada bastante número de federados, que llevaban escrito sobre los sombreros con yeso: «¡Petion, ó la muerte!» Tivoli, punto de partida de mi destierro, debía convertirse en sitio de fiestas y de juegos. Nuestros parientes se despidieron sin tristeza; estaban persuadidos de que hacíamos un viaje de recreo. Mis mil quinientos francos parecían un tesoro suficiente para hacerme volver triunfante á París.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

EMIGRO CON MI HERMANO.—AVENTURA DE SAN LUIS.—PASAMOS LA FRONTERA.

El 15 de julio á las seis de la mañana montamos en la diligencia; habíamos tomado nuestros asientos en el cabriolé, junto al conductor; el ayuda de cámaras, á quien fingíamos no conocer, se metió en el coche con los demás viajeros. San Luis era somnábulo; en París iba por las noches á buscar á su señor con los ojos abiertos, pero perfectamente dormido. Desnudaba á mi hermano, lo ponía en cama, siempre durmiendo, respondiendo á todo lo que se le decía durante sus ataques:—«Entiendo, entiendo;» no despertándose hasta que se le echaba agua fría en la cara; hombre como de cuarenta años, de cerca de seis piés de altura, y tan flaco como alto. Este criado, muy respetuoso, no había tenido mas señor que á mi hermano; cuando hubo de sentarse á cenar con nosotros, se turbó completamente. Los viajeros, muy patriotas, hablaban de colgar los aristócratas en la linterna, y aumentaban su espanto. La idea de que al fin de todo se vería obligado á atravesar por el ejército austriaco para ir á batirse en el de los príncipes, acabó de trastornar su cabeza. Bebió mucho, y subió á la diligencia: nosotros volvimos á entrar en el cupé.

A media noche oímos á los viajeros que gritaban, con la cabeza fuera de la portezuela:—«¡Para, postillon; para!» Se detiene el carruaje, se abre la portezuela, y se oyen voces de mujeres y hombres:—«¡Bajad, ciudadano; bajad! ¡Bajad, cochino! ¡Es un brigante! ¡Bajad, bajad!» Nosotros nos apeamos también; vimos á San Luis atropellado, arrojado del coche, levantándose

y paseando sus ojos abiertos y dormidos en torno suyo, huyendo á todo correr, y sin sombrero, con dirección á París. Nosotros no lo podíamos llamar, porque nos vendíamos; era preciso abandonarlo á su destino. Capturado en el primer pueblo, declaró que era el criado de Mr. de Chateaubriand, y que vivía en París, calle de Bondy. La gendarmería lo condujo de justicia en justicia á casa del presidente Rosambo; las declaraciones de este desgraciado sirvieron para probar nuestra emigración y enviar á mi hermano y mi cuñada al cadalso.

Al día siguiente, al almuerzo, fue preciso escuchar veinte veces la historia entera:—«Este hombre tenía la imaginación turbada; soñaba gritando; decía cosas extrañas: sin duda era un conspirador, un asesino que huía de la justicia.» Las ciudadanas muy elevadas se ruborizaban, y agitaban grandes abanicos de papel verde-constitución. Nosotros reconocimos en esta narración los efectos del somnambulismo, del miedo y del vino.

Cuando llegamos á Lila, buscamos á la persona que debía llevarnos al otro lado de la frontera. La emigración tenía sus agentes de salvación, que vinieron á convertirse en agentes de perdición. El partido monárquico era aun poderoso; la cuestión no estaba resuelta; los débiles y los poltrones servían esperando los sucesos.

Salimos de Lila antes que se cerraran las puertas; nos detuvimos en una casa aislada, y no marchamos hasta las diez de la noche, cuando estaba muy oscura; no llevábamos nada mas que un baston en la mano: aun no hacía un año que yo seguía así á mi holandés por las florestas americanas.

Atravesamos sembrados, por donde apenas había abierto algun sendero. Las patrullas francesas y austriacas recorrían el campamento; nosotros podíamos tropezar con unas ó con otras, ó encontrarnos bajo el tiro de un vigía. Entreviros de lejos soldados de caballería sueltos, con el sable colgado á la muñeca; oímos pasos de caballos en caminos abiertos; con el oído en tierra, percibimos el ruido regular de una marcha de infantería. Después de tres horas de caminar, tan pronto corriendo como de puntillas, llegamos á la encrucijada de un bosque, en el que se oía cantar algunos ruseñeros: una compañía de hulanos, que se hallaba detrás de una tapia, cayó sobre nosotros con sable en mano. Nosotros gritamos:—«¡Oficiales que van á reunirse á los príncipes!» Pedimos que se nos llevara á Tournay para hacernos reconocer. El comandante nos colocó entre su caballería, y nos llevó.

Cuando amaneció, los hulanos vieron bajo nuestros levitones el uniforme de guardias nacionales, é insultaron los colores que la Francia iba á hacer llevar á la Europa avasallada.

En el Tournaisis, reino primitivo de los francos, Clovis residió durante los primeros años de su reinado. Partió de Tournay con sus compañeros á la conquista de los Gaulas: «Las armas atraen á sí todos los derechos,» dice Tácito. Yo he pasado en 1792 por esta ciudad, de donde salió en 486 el primer rey de la primera raza, para fundar su larga y poderosa monarquía, y he vuelto á pasar en 1814, cuando el último rey de los franceses abandonaba el reino del primer rey de los francos: *omnia emigrant*.

Cuando llegué á Tournay, dejé á mi hermano hablando con las autoridades, y me fui á visitar la catedral, bajo la vigilancia de un soldado. En otro tiempo Odon d'Orleans, maestro-escuela de esta catedral, sentado durante la noche delante de la portada de la iglesia, enseñaba á sus discípulos el curso de los astros, y les mostraba con el dedo la vía láctea y las estrellas. Hubiera preferido hallar en Tournay este sencillo astrónomo del siglo xi, á los Pandours. Yo recorría con placer estos tiempos en que refieren las crónicas que en Normandía, en el año 1049, un hom-

bre había sido convertido en asno; lo que estuvo para sucederme á mí mismo, según se creía en casa de las señoritas Couppart, mis maestras de lectura. Hildeberto, en 1114, ha visto una niña á quien pendían de las orejas espigas de trigo: quizás era Ceres. La Meuse, que yo iba á atravesar muy pronto, quedó suspendida en el aire el año de 1118: testigo Guillermo de Nangis y Alberic. Rigord asegura que en el año 1194, entre Compiégne y Clermont, en Beauvoisis, cayó un granizo mezclado de cuervos, que traían carbones y les prendían fuego. Si la tempestad, como nos lo asegura Gervais de Tilburi, no podía apagar una luz en la ventana del priorato de San Miguel de Camissa, también sabemos por él que había en la diócesis d'Uces una hermosa y cristalina fuente, que cambiaba de lugar cuando se echaba en ella alguna cosa sucia; las conciencias de hoy no se confunden con tan poco.—Lector, yo no pierdo tiempo; yo charlo contigo para acostumbrarte á tener paciencia mientras vuelve mi hermano, que está negociando: ya está aquí; llega, después de haberse explicado á satisfacción del comandante austriaco. Se nos permite dirigirnos á Bruselas: destierro adquirido á costa de muchos cuidados.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

BRUSELAS.—COMIDA EN CASA DEL BARON DE BRETEUIL.—RIVAROL.—PARTIDA PARA EL EJÉRCITO DE LOS PRÍNCIPES.—CAMINO.—ENCUENTRO DEL EJÉRCITO PRUSIANO.—LLEGO Á TRÉVERIS.

Bruselas era el cuartel general de la alta emigración. Las mujeres mas elegantes de París y los hombres mas á la moda; los que no podían servir mas que de ayudantes de campo, aguardaban en medio de los placeres el momento de la victoria. Tenían hermosos uniformes nuevos, y ostentaban con todo rigor su ligereza. Se comieron en pocos días sumas considerables que hubieran podido durar algunos años; no merecía la pena de economizar, puesto que de un momento á otro volverían á París... Estos brillantes caballeros se preparaban con los triunfos de amor á la gloria, al revés de la antigua caballería. Nos miraban desdeñosamente caminar á pié, con el morral á la espalda, á nosotros, pobres caballeros de provincia, ó pobres oficiales convertidos en soldados. Estos Hércules hilaban á los piés de sus damas los copos que nos habían enviado, y que les devolvíamos al pasar, contentándonos con nuestras espadas.

Encontré en Bruselas mi pequeño equipaje, que había llegado de contrabando antes que yo: consistía en mi uniforme de Navarra, en una poca ropa blanca, y en mis preciosos papelajos, que yo no quería abandonar.

Fui convidado á comer con mi hermano en casa de baron de Breteuil; allí encontré á la baronesa de Montmorency, entonces joven y hermosa, moribunda en este momento, obispos mártires con sotana de seda y cruz de oro, jóvenes magistrados transformados en coroneles húngaros, y Rivarol, á quien yo no he visto mas que esta vez en mi vida. No se le había nombrado; á mí me admiró aquel lenguaje de un hombre que peroraba solo, y que se hacía escuchar con alguna razón como un oráculo. El espíritu de Rivarol perjudicaba á su talento; su palabra á su pluma. Decía, á propósito de las revoluciones:—«El primer golpe se dirige á Dios; el segundo pega en un mármol insensible.» Yo había vuelto á tomar el uniforme de un mezquino subteniente de infantería; debía marchar al acabar de comer, y tenía mi mochila detrás de la puerta. Aun estaba bronceado por el sol de América y el aire del mar; llevaba los cabellos aplastados y negros. Mi figura y mi silencio molestaban á Rivarol; el baron

de Breteuil, apercibiéndose de su inquieta curiosidad, la satisfizo:—«¿De dónde viene vuestro hermano?» dijo á mi hermano. Yo respondí:—«Del Niagara.» Rivarol exclamó:—«¿De la catarata!» Yo me callé. Aventuró un principio de pregunta:—«El señor va...?» —«Adonde se baten,» le interrumpí. Nos levantamos de la mesa.

Esta emigración fatua me era odiosa: tenía prisa de ver á mis iguales, emigrados como yo, de seiscientas libras de renta. Indudablemente éramos muy estúpidos; pero al menos teníamos desenvainado nuestro espadón, y si hubiéramos obtenido triunfos, no hubiéramos sido nosotros los que nos hubiéramos aprovechado de la victoria.

Mi hermano se quedó en Bruselas de ayudante de campo del baron de Montboissier; yo salí solo para Coblentz.

Nada tan histórico como el camino que yo seguí; por todas partes despertaba algunos recuerdos ó algunas grandezas de la Francia. Yo atravesé á Lieja, una de estas repúblicas municipales, que tantas veces se sublevaron contra sus obispos ó contra los condes de Flandes. Luis XI, aliado de los liejeses, se vió obligado á asistir al saqueo de su ciudad para escapar de su ridícula prisión de Perona.

Yo iba á reunirme y á forma parte entre estos hombres de guerra, que cifran su gloria en semejantes empresas. En 1792, las relaciones de Lieja y Francia eran mas pacíficas; el abad de San Huberto estaba obligado á enviar todos los años dos perros de caza á los sucesores del rey Dagoberto.

En Aquisgram, otro don; pero por parte de la Francia: el paño mortuorio que servía en el entierro de un monarca cristianísimo, era enviado á la tumba de Carlo-Magno como una bandera de alianza al feudo dominante. Nuestros reyes prestaban así fe y homenaje al tomar posesión de la herencia de la eternidad; juraban entre las rodillas de la muerte, su dama, á la que prometían ser fieles, despues de haberle dado el beso feudal en la boca. Además, era la única soberanía á quien la Francia rendía vasallaje. La catedral de Aquisgram fue edificada por Karl-le-Grand, y consagrada por Leon III. Habiendo faltado dos preladados á la ceremonia, fueron reemplazados por dos obispos de Maestricht, muertos mucho tiempo hacia, y que habían resucitado expresamente para ello.

Habiendo perdido Carlo-Magno una hermosa querida, estrechaba su cuerpo entre sus brazos, y no se quería separar de ella. Se atribuyó esta pasión á encantamiento: examinada la jóven muerta, se le halló una perla pequeña debajo de su lengua. La perla fue arrojada á un pantano: Carlo-Magno, furiosamente enamorado de este pantano, mandó rellenarlo, y edificó sobre él un palacio y una iglesia, para pasar su vida en el uno y su muerte en la otra. Las autoridades de esta narración son el arzobispo Turpin y Petrarca.

Admiré la catedral de Colonia; si estuviera concluida, sería el monumento gótico mas bello de Europa. Los frailes eran los pintores, escultores, arquitectos y albañiles de sus basílicas; se glorificaban con el título de maestro albañil: *cementarius*.

Es curioso oír hoy á ignorantes filósofos y demócratas bárbaros gritar contra los religiosos, como si estos proletarios enfrailados, estas órdenes mendicantes, á quienes debemos casi todo, hubieran sido caballeros.

Colonia me trajo á la memoria á Calígula y San Bruno; he visto el resto de los diques del primero en Bayes, y la celda del segundo en la Gran Cartuja.

Remonté el Rhin hasta Coblentz (*Confluentia*). El ejército de los príncipes ya no estaba allí. Atravesé estos reinos vacíos: *inania regna*; vi este hermoso valle del Rhin, la mansión de las musas bárbaras, donde aparecían los caballeros alrededor de las ruinas

de sus castillos, en que se oye por la noche ruido de armas cuando va á sobrevenir la guerra.

Entre Coblentz y Tréveris caí en el ejército prusiano: yo desfilaba á lo largo de la columna, cuando á la altura de las guardias vi que marchaban en batalla; el rey y el duque de Brunswick ocupaban el centro del cuadro, compuesto de los granaderos de Federico. Mi uniforme blanco atrajo las miradas del rey; me hizo llamar, y el duque de Brunswick y él se quitaron el sombrero, y saludaron en mi persona al antiguo ejército francés. Me preguntaron mi nombre, el de mi regimiento, y el punto adonde iba á reunirme con los príncipes. Esta acogida militar me conmovió: respondí con emoción que, habiendo sabido en América la desgracia de mi rey, había vuelto para derramar mi sangre en servicio suyo. Los oficiales y generales que rodeaban á Federico-Guillermo hicieron un movimiento de aprobación, y el monarca prusiano me dijo:—«Caballero, siempre se conocen los sentimientos de la nobleza francesa.» Se quitó de nuevo el sombrero, y permaneció descubierto y parado, hasta que hube desaparecido detrás de la masa de granaderos. Ahora se declama contra los emigrados: *son tigres que destrozan el seno de su madre*: en la época á que me refiero vivían los antiguos ejemplos, y el honor valía tanto como la patria. En 1792 la fidelidad al juramento pasaba aun por un deber; hoy se ha hecho tan rara, que se mira como una virtud.

Una escena extraña, que ya se había repetido por otros, estuvo á punto de hacerme retroceder. No se me quería admitir en Tréveris, adonde había llegado el ejército de los príncipes. «Yo era uno de estos hombres que esperan los sucesos para decidirse; hacia ya tres años que yo debía estar allí; yo llegaba cuando era segura la victoria. No se necesitaba de mí; había demasiados valientes despues del combate. Todos los días desertaban escuadrones de caballería; hasta la artillería se pasaba en masa; y si continuaba esto, no se sabría qué hacer de tanta gente.» ¡Prodigiosa ilusión de los partidos!

Encontré á mi primo Armand de Chateaubriand, me tomó bajo su protección, reunió los bretones, y defendió mi causa. Me llamaron; me expliqué; dije que venía de América para tener el honor de servir con mis camaradas; que la campaña estaba abierta, pero no comenzada; de modo que llegaba á tiempo para la primera batalla; que, sobre todo, yo me retiraría si lo exigían; pero despues de haber obtenido una satisfacción por el insulto inmerecido que se me hacia. El asunto se arregló: como yo era buen muchacho, las filas se abrieron para recibirme, y no tuve ya mas inconveniente que el de la elección.

EJÉRCITO DE LOS PRÍNCIPES.—ANFITEATRO ROMANO.—ATALA.—LAS CAMISAS DE ENRIQUE IV.

El ejército de los príncipes se componía de caballeros clasificados por provincias, y sirviendo en calidad de simples soldados; la nobleza se remontaba á su origen, y al origen de la monarquía, en el momento mismo en que esta nobleza y esta monarquía acababan como un anciano que vuelve á la infancia. Había además brigadas de oficiales emigrados de diversos regimientos, igualmente convertidos en soldados; de este número eran mis camaradas de Navarra, conducidos por su coronel, el marqués de Mortemart. Estuve tentado á afiliarme con La Martiniere; pero el patriotismo de Armórica triunfo. Me alisté en la séptima compañía bretona, que mandaba Mr. de Goyon Miniac. La nobleza de mi provincia había dado siete compañías; la octava se componía de gente plebeya; el uniforme gris de esta compañía difería del de las otras siete, color *azul de rey*, y el sombrero levantado con armiños. Hombres adheridos á la

misma causa, y expuestos á los mismos peligros, perpetuaban la desigualdad política con señales odiosas; los verdaderos héroes eran los soldados plebeyos, puesto que ningun interés se mezclaba á su sacrificio.

Enumeracion de nuestro pequeño ejército.

Infantería de soldados nobles y oficiales: cuatro compañías de desertores, vestidos con diferentes uniformes de los regimientos de que procedían; una compañía de artillería, algunos oficiales de ingenieros, con algunos cañones, obuses y morteros de diversos calibres (la artillería y los ingenieros que abrazaron la causa de la revolucion consiguieron en el exterior la victoria). Una hermosa caballería de carabineros alemanes, de mosqueteros, á las órdenes del viejo conde de Montmorin, de oficiales de la marina de Brest, de Rochefort y de Tolon, apoyaban nuestra infantería. La emigración general de estos últimos oficiales sumió á la Francia marítima en esta debilidad de que la había sacado Luis XVI. Jamás se habían ostentado con mas gloria nuestras escuadras desde Duquesne y Tourville. Mis camaradas estaban muy alegres: yo tenía las lágrimas en los ojos cuando veía pasar á estos dragones del Océano, que no gobernaban ya los navios que humillaron á los ingleses y libertaron la América. En lugar de ir á buscar nuevos continentes que legar á la Francia, estos compañeros de la Perouse se hundían en los barrizales de la Alemania. Montaban el caballo consagrado á Neptuno; pero habían cambiado de elemento, y la tierra no era para ellos. En vano su comandante llevaba á su cabeza el pabellon destruido de la *Belle Poule*: santa reliquia de la bandera blanca, de cuyos girones pendía aun el honor, pero de donde había huido ya la victoria.

Teníamos tiendas; por lo demás, no carecíamos de todo. Nuestros fusiles alemanes, armas de rebusco, de una pesadez horrorosa, nos destruían la espalda, y frecuentemente no se podía tirar con ellos. Yo he hecho toda la campaña con uno de estos mosquetes, enteramente inútil.

Permanecimos dos días en Tréveris. Me alegré mucho de ver ruinas romanas despues de haber visto las ruinas sin nombre del Ohio; de visitar esta ciudad, tan frecuentemente saqueada de la cual decia Salvia-no: «Fugitivos de Tréveris: quereis espectáculos; pedís á los emperadores los juegos del Circo; ¿para qué Estado, os pregunto, para qué pueblo, para qué ciudad?» ¡Teatra igitur queritis, circum á principibus postulatis? ¡Cui, queso, statui, cui populo, cui civitati?

Fugitivos de Francia ¿dónde estaba el pueblo para quien queríamos restablecer los monumentos de San Luis?

Yo me sentaba en medio de las ruinas con mi fusil; sacaba de mi mochila el manuscrito de mi viaje á América; ponía las páginas separadas en la yerba alrededor mio; releía y corregía una descripción de un bosque, un pasaje de *Atala*, entre las ruinas de un anfiteatro romano, preparándome así á conquistar la Francia. Despues recogía mi tesoro, cuyo peso, unido al de mis camisas, mi capote, mi jarro de estaño, mi botella espartada y mi Homero, me hacían esputar sangre. Intentaba meter á *Atala* con mis inútiles cartuchos en mi cartuchera; mis camaradas se burlaban de mí, y arrancaban las hojas que asomaban por los dos lados de la cubierta de cuero. La Providencia me socorrió: habiéndome acostado una noche en un pajar, no hallé al despertar mis camisas, y me habían dejado mis papeles. Alabé á Dios: asegurando mi gloria este accidente; me salvó la vida, porque las sesenta libras que pesaban sobre mis espaldas me

hubieran lastimado el pecho.—«¿Cuántas camisas tengo?» preguntaba Enrique IV á su camarada.—«Una docena, señor; pero hay algunas destruidas.—Y pañuelos, ¿tengo ocho?—Ya no hay mas que cinco.» El bearnés ganó la batalla de Ivry sin camisas; pero yo no he podido devolver su reino á sus hijos perdiendo las mias.

Londres, de abril á setiembre de 1822.

VIDA DE SOLDADO.—ÚLTIMA REPRESENTACION DE LA ANTIGUA FRANCIA MILITAR.

Vino la órden de marchar á Thionville. Andábamos cinco ó seis leguas diarias. El tiempo era muy malo; caminábamos en medio de la lluvia y por el fango, cantando: ¡Oh Richard! ¡Oh mon roi! ¡Oh pauvre Jacques! Cuando llegamos al campamento, no teniendo ni furgones, ni viveres, íbamos con asnos, que seguían la columna como una caravana árabe, á buscar que comer en las granjas y los pueblecillos. Pagábamos muy escrupulosamente; yo sufrí, sin embargo, una facción correccional por haber tomado impensadamente dos peras en el jardín de un castillo.

Un convento, un rio y un gran señor, dice el proverbio, son malos vecinos.

Plantamos al azar nuestras tiendas, cuyo lienzo teníamos que sacudir á menudo para impedir que penetrase el agua. Éramos diez soldados para cada tienda; estábamos todos encargados por turno de la cocina; uno cuidaba de la vianda, otro iba por el pan, y otro por la leña y por la paja. Yo hacia la sopa maravillosamente; recibía muchos cumplimientos cuando hacia el rancho al estilo de Bretaña; había aprendido á soportar el humo entre los iroqueses, de manera que no me molestaba mi lumbre hecha de remajes verdes. Esta vida de soldado es muy divertida; me creía todavía entre los indios. Cuando comíamos, mis camaradas me hacían referir historias de mis viajes, que me pagaban con hermosos cuentos: todos mentamos como un cabo en la taberna con un recluta que paga el escote.

Una cosa me molestaba, y era lavar mi camisa; era preciso, y muy á menudo, porque los atentos ladrones no me habían dejado mas que una que me había prestado mi primo Armand, y la que yo llevaba puesta. Cuando jabonaba mis calzoncillos, mis pañuelos y mi camisa á la orilla de un riachuelo, con la cabeza baja y los riñones en alto, me daban vahidos; el movimiento de los brazos me causaban un dolor insoponible en el pecho. Me veía obligado á sentarme entre las colas de caballo y los berros, y en medio del movimiento de la guerra, me divertía viendo correr un arroyuelo. Lope de Vega hace lavar la *venda del amor* á una pastorcilla; esta pastora me hubiera sido muy útil para un pequeño turbante de abedul que había recibido de mano de mis florideñas.

Un ejército se compone ordinariamente de soldados casi de la misma edad, de la misma estatura, de la misma fuerza. Bien diferente era el nuestro: reunion confusa de hombres hechos, de ancianos, de jóvenes salidos de sus palomares, con la gerga normanda, bretona, la de Picardía, gascona, provenzal, del Langüedoc y Bearn. Un padre servía con sus hijos, un suegro con su yerno, un tio con sus sobrinos, un hermano con otro, un primo con otro primo. Este ejército feudal, tan ridículo como parecia, tenía nobleza sin embargo, porque estaba animado por convicciones sinceras; ofrecía el espectáculo de la vieja monarquía, y era la última representación de un mundo que pasaba. Yo he visto caballeros ancianos, de aspecto severo, pelo gris, vestido destruido, con el moral y el fusil á la espalda, marchar con el baston en la mano apo-

yados en el brazo de uno de sus hijos: yo he visto á Mr. de Boishue, padre de mi camarada, muerto en los Estados de Rennes á mi lado, marchar solo y triste, con los piés desnudos sobre el lodo, llevando sus zapatos en la punta de su bayoneta, por miedo de gastarlos; he visto jóvenes heridos, arrimados al tronco de un árbol, auxiliados por un capellan con levita y estola, que los enviaba á San Luis, cuyos herederos se habian esforzado en defender. Toda esta tropa pobre hacia la guerra á su costa, sin recibir un cuarto de los príncipes, mientras que los decretos la acababan de despojar de sus bienes, encerrando nuestras mujeres y nuestras madres en calabozos.

Los viejos de otros tiempos eran menos desgraciados que los de hoy; si viviendo habian perdido sus amigos, pocas cosas habian cambiado á su alrededor; extraños á la juventud, no lo eran á la sociedad. Ahora, un rezagado en el mundo, no solo ha visto morir á los hombres, sino tambien á las ideas; principios, costumbres, gustos, placeres, penas, sentimientos, nada se parece á lo que él ha conocido. Acaba sus dias en medio de una raza diferente de la especie humana.

Y sin embargo; ¡Francia del siglo xix, aprende á estimar esta vieja Francia que te ha criado! ¡Tu serás vieja á tu vez, y te se acusará, como se me acusaba, de tener ideas anticuadas! ¡A vuestros padres habeis vencido; no los renegais; habeis salido de su sangre! Si no hubieran sido generosamente fieles á las antiguas costumbres, no hubiérais bebido en esta fidelidad nativa la energía que ha producido vuestra gloria en las nuevas costumbres; entre las dos Francias no hay mas que una trasformacion de virtud.

Londres, de abril á setiembre de 1822.

EMPIEZA EL SITIO DE THIONVILLE.—EL CABALLERO DE LA BARONNAIS.

Junto á nuestro campamento, indigente y oscuro, existia otro brillante y rico. En el estado mayor no se veian mas que furgones llenos de comestibles; no se veian mas que cocineros, criados y ayudantes de campo. Nada representaba mejor la corte y la provincia, la monarquía espirante en Versalles y la monarquía moribunda en los matorrales de Duguesclin. Teniamos odio á los ayudantes de campo; cuando habia alguna escaramuza delante de Thionville, gritábamos: —«¡Adelante los ayudantes de campo!» como gritaban los patriotas, «¡Adelante los oficiales!»

Sentí oprimirme el corazón cuando llegamos en medio de un día oscuro á penetrar en un bosque que era ya de Francia. Pasar armado la frontera de mi país, me causó una impresion inexplicable; tuve una especie de revelacion del porvenir, tanto mas, cuanto que yo no participaba de las ilusiones de mis camaradas, ni relativamente á la causa que sostenian, ni respecto al triunfo con que se lisonjaban; yo estaba como Falkland en el ejército de Carlos I. No habia un caballero de la Mancha, por enfermo y raquítico que fuese, con su sombrero de tres candiles, que no se creyese muy capaz de hacer huir él solo á cincuenta jóvenes vigorosos de los patriotas. Este respetable y complaciente orgullo, fuente de prodigios en otra época, no lo tenia yo; no me sentía convencido de la fuerza de mi invencible brazo.

Aparecimos invictos en Thionville en 1.º de setiembre, porque en el camino no hallamos á nadie. La caballería acampó á la derecha, la infantería á la izquierda, en el camino real que conducía á la ciudad por la parte de Alemania. Desde el campamento no se descubria la fortaleza; pero seiscientos pasos mas adelante se llegaba á la cresta de una colina, desde la cual se veía el valle de Moselle. Los caballeros de a marina unian la derecha de nuestra infantería con

el cuerpo austriaco del príncipe de Waldeck, y la izquierda de la infantería estaba cubierta por mil ochocientos caballos de la Maison Rouge, y de Royal-Allemand. Nos atrincheramos por el frente sobre una zanja, con las armas en pabellones. Las ocho compañías bretonas ocupaban dos calles trasversales del campamento, y mas abajo de nosotros formaba la compañía de oficiales de Navarra, mis camaradas.

Concluidos estos trabajos en tres dias, se presentaron *Monsieur* y el conde de Artois, hicieron el reconocimiento de la plaza, á la cual se intimó la rendicion en vano aunque pareciese Wimpen dispuesto á rendirla. Como el gran Condé, no habiamos ganado la batalla de Rocroi; así no pudimos apoderarnos de Thionville, pero no fuimos batidos bajo sus muros como Feuquieres. Nos alojamos en la carretera, á la cabeza de un pueblecillo que sirve de arrabal á la ciudad, fuera de la fortificacion que defendía el puente. El fuego se rompió casa por casa; nuestra avanzada se mantuvo en posesion de las que habia tomado. Yo no asistí á este primer encuentro; mi primo Armand se halló en él, y se comportó perfectamente. Mientras se batian en el pueblecillo, mi compañía fué á establecer una batería á la entrada de un bosque que dominaba una colina. En su pendiente habia viñas que bajaban á la llanura adherente á las fortificaciones exteriores de Thionville.

El ingeniero que nos dirigia nos hizo levantar una batería de césped destinada á nuestros cañones; hicimos ademas un ramal paralelo, para ponernos á cubierto del fuego de la plaza. Estas obras iban lentamente, porque todos, oficiales jóvenes y viejos, estábamos poco acostumbrados á manejar la pala y el azadon. Careciamos de espuestas, y llevábamos la tierra en nuestros vestidos, que nos servian de sacos. El fuego de una tronera nos incomodaba tanto mas, cuanto que no podiamos contestarlo, porque toda nuestra artillería consistía en dos piezas de á ocho, y un obús á la Cohorn, que no estaban á tiro. El primer obús que disparamos cayó fuera del glasis, y excitó la burla de la guarnicion. Pocos dias despues recibimos cañones y artilleros austriacos. Cada veinte y cuatro horas fueron relevados en esta batería cien hombres de infantería y un piquete de caballería de los marineros. Los sitiados se dispusieron á atacarla; con el telescopio se observaba movimiento en las murallas. A la entrada de la noche se vió una columna que salía por una poterna, y que tomaba la luneta al abrigo de un camino cubierto. Mi compañía fue enviada de refuerzo. Al amanecer empeñaron la accion quinientos patriotas, en el pueblecillo sobre el camino real, encima de la ciudad; despues, contramarchando por la izquierda, atravesaron por las viñas para tomar nuestra batería por el flanco. La marina cargó con valor, pero fue envuelta, y nos dejó descubiertos. Estábamos mal armados para tirotearnos, y cargamos á la bayoneta. Los sitiados se retiraron no sé por qué; si hubieran resistido, nos hacen prisioneros.

Nosotros tuvimos muchos heridos y algunos muertos; entre ellos al caballero de La Baronnais, capitán de una de las compañías bretonas. Yo le envié la desgracia; la bala que le quitó la vida rebotó en el cañon de mi fusil con tal fuerza que le atravesó las dos sienes; su cerebro me saltó á la cara. ¡Inútil y noble víctima de una causa perdida! Cuando el mariscal de Aubeterre tuvo los Estados de Bretaña, pasó á casa de La Baronnais, padre, pobre caballero que vivía en Dinard, cerca de Saint-Malo; el mariscal, que le habia suplicado que no convidase á nadie, vió al entrar una mesa con veinte y cinco cubiertos, y le reprendió amistosamente.—«Monseñor, le dijo Mr. de La Baronnais: no tengo á comer mas que á mis hijos.» Tenia veinte y dos hijos y una hija, todos de la misma madre. La revolucion ha segado antes de agosto esta rica cosecha del padre de familia.

Londres, de abril á setiembre de 1822.

CONTINUACION DEL SITIO.—CONTRASTES.—SANTOS EN LOS BOSQUES.—BATALLA DE BOUVINES.—PATRULLAS.—ENCUENTRO IMPREVISTO.—EFECTO DE UNA BALA Y UNA BOMBA.

El cuerpo austriaco de Waldeck comenzó á operar. El ataque fue mas vivo por nuestra parte. Era un hermoso espectáculo por la noche: frascos de fuego iluminaban las obras de la plaza cubiertas de soldados; luces súbitas herian las nubes ó el cenit azul cuando se aplicaba la mecha á los cañones, y las bombas que se cruzaban en el aire describian una parábola de luz. En los intervalos de las detonaciones se oian los redobles del tambor, las músicas militares y la voz de los centinelas de las murallas de Thionville y de nuestras avanzadas; desgraciadamente gritaban en francés en los dos campos: «¡Centinela, alerta!»

Si el combate era al alba, entonces el himno de la alondra sucedía al ruido de la fusilería, en tanto que los cañones que no tiraban nos miraban con la boca abierta silenciosamente por las troneras. El canto del ave, despertando los recuerdos de la vida pastoral, parecia reprender á los hombres. Lo mismo sucedía cuando hallaba algunos muertos en campos de alfalfa, ó al borde de un riachuelo que bañaba su cabellera. En los bosques hallaba santos é imágenes de la Virgen junto á los desastres de la guerra. Un cabrero, un pastor, un mendigo, arrodillados ante estos pacificadores, decian su oracion en medio del estruendo de la artillería. Todo un pueblo vino una vez, con su pastor á la cabeza, á ofrecer flores al patron de una parroquia inmediata, cuya imagen se hallaba en un árbol, enfrente de un manantial. El cura era ciego, soldado de la milicia de Dios; habia perdido la vista en las buenas obras, como un granadero en el campo de batalla. El vicario daba la comunión, porque el cura no hubiera podido deponer la santa hostia en los labios de los comulgantes. Durante esta ceremonia, y en el seno de la noche, bendecía la luz.

Nuestros padres creian que los patrones de los lugarejos Jean le Silencioso, Dominique le Encuirasse, Jacques l'Intercis, Paul le Simple, Basile l'Ermite, y tantos otros, no eran extraños al triunfo de las armas que protegian sus conchas. El día mismo de la batalla de Bouvines se introdujeron ladrones en Auxerre en un convento bajo la invocacion de San German, y robaron los vasos sagrados. El sacristan se presentó ante la urna del bienaventurado obispo, y le dijo gimiendo:—«German, ¿dónde estabas tú cuando estos ladrones se han atrevido á violar tu santuario?» Una voz que salía de la urna respondió:—«Estaba junto á Cisoing, no lejos del puente de Bouvines; con otros santos ayudaba á los franceses y su rey, que han ganado una gran batalla con nuestro socorro.»

Cui fuit auxilio victoria prestita nostro.

Hicimos diferentes batidas por la llanura, y los llevamos hasta las trincheras de Thionville. La aldea del camino real, Trans-Moselle, era sin cesar conquistada y perdida. Yo me hallé dos veces en estos asaltos. Los patriotas nos trataban de *enemigos de la libertad*, de *aristócratas*, de *satélites de Capeto*; nosotros de *bandidos*, *corta-cabezas*, *traidores* y *revolucionarios*. Nos parábamos alguna vez, y se verificaba un duelo en medio de los combatientes, convertidos en testigos imparciales; singular carácter francés que las pasiones mismas no pueden vencer!

Un día que yo estaba de patrulla en una viña, habia á veinte pasos de mí un caballero anciano, cazador, que pegaba con la escopeta en las cepas, como para

descubrir la liebre; despues miraba vivamente á su alrededor con la esperanza de ver partir un patriota; todos estaban allí con sus costumbres. Otro día fui á visitar el campo austriaco; entre él y el de la caballería de la marina se desplegaba la cortina de un bosque, contra la cual dirigía desacertadamente la plaza su fuego; la ciudad tiraba demasiado, porque nos creía en mayor número que el que teniamos, lo cual explica los pomposos boletines del gefe de Thionville. Al atravesar el bosque, vi una cosa que se removía en la yerba; me acerqué; un hombre extendido cuan largo era, con la nariz en tierra, no presentaba mas que una larga espina dorsal. Yo lo juzgué herido; lo cogí por el cuello, y le levanté un poco la cabeza. Abre los ojos espantados; se incorpora un poco apoyándose en sus manos, y suelta una carcajada: ¡era mi primo Moreau! Yo no lo habia visto desde nuestra visita á Mad. de Chatenay. Tendido en tierra al bajar una bomba, no le habia sido posible levantarse. Yo tuve mucha dificultad en ponerlo en pié; su barriga se habia triplicado. Me dijo que servia en los suministros, y que iba á ofrecer bueyes al príncipe de Waldeck. Por lo demás, llevaba un rosario; Hugues Métel habla de un lobo que resolvió meterse monge; pero no habiendo podido habituarse á la abstinencia, se hizo canónigo.

Al volver al campamento atravesó por junto á mí un oficial de ingenieros, llevando á su caballo por la brida; una bala de cañon hirió al animal por lo mas estrecho del cuello; la cabeza y el cuello quedaron pendientes de la mano del ginete, que vino al suelo con su peso. Yo habia visto caer una bomba en medio de un círculo de oficiales de marina, que estaban comiendo sentados en rueda; la gamella desapareció; los oficiales, envueltos en la arena, gritaban como el viejo capitán de navio:—«¡Fuego á estribor, fuego á babor, fuego por todas partes, fuego en mi peluca!»

Estos golpes singulares parece que son propiedad de Thionville; en 1558 Francisco de Guisa puso sitio á esta plaza. El mariscal Strozzi fue muerto allí hablando en la trinchera al dicho señor de Guisa, que tenia apoyada la mano sobre su hombro.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

MERCADO DEL CAMPAMENTO.

Detrás de nuestro campamento se habia formado una especie de mercado. Los paisanos habian traído barriles de vino blanco de Moselle, que dejaban en los carros; los caballos comian sueltos á un extremo de ellos, mientras al otro se bebía largamente. Se freían salchichas, se vendian galletas anisadas, panes de centeno de un sueldo, pasteles de maiz, manzanas verdes, huevos encarnados ó blancos, pipas de tabaco, bajo un árbol, de cuyas ramas pendian capotes de paño burdo. Las aldeanas encima de angarillas, traian la leche de vacas, que cada uno tomaba por su turno. Alrededor de los fogones se veian las vivanderas con blusa y los militares con uniforme. Las cantineras gritaban en alemán y en francés. Unos estaban en pié, otros sentados en mesas de pino colocadas sobre un suelo desigual. Cada uno se abrigaba á la ventura bajo un lienzo de embalar, ó bajo ramas cortadas en el bosque como en Pascua Florida. Yo creo que habia tambien allí bodas en recuerdo de los reyes francos. Los patriotas hubieran podido fácilmente quitar, á semejanza de Mayoriano, el carromato de la casada: *Rapit esseda victor, nubemtemque nurum* (Sidonio Apolinario). Se reía, se cantaba, se fumaba. Esta escena era muy divertida por la noche, entre las luces que la alumbraban en la tierra y las estrellas que brillaban encima.

Cuando no estaba ni de guardia en las baterías ni de servicio en la tienda, me gustaba cenar en el ferial. Allí se repetían las historias del campamento; pero, animadas por los brindis, eran mucho más hermosas.

Uno de nuestros camaradas, capitán por privilegio, cuyo nombre se ha oscurecido bajo el de *Dinarzade* que nosotros le pusimos, era célebre por sus cuentos: hubiera sido más correcto llamarlo *Sheherazade*, pero nosotros no éramos escrupulosos. Apenas lo veíamos, corriamos á él, nos lo disputábamos á ver quién se pondría á su lado. De corta estatura, de piernas largas, cara lacia, bigotes tristes, de ojos

atravesados, voz gruesa, gran espada en vaina de café con leche, presencia de poeta militar. *Dinarzade*, chocarrero serio, no reía jamás, y no se le podía mirar sin reír. Él era el testigo obligado de todos los duelos, el amante de todas las damas de mostrador. Tomaba á lo trágico todo lo que decía, y no interrumpía su narración más que para beber en una botella, encender su pipa ó tragar una salchicha.

Una noche que lloviznaba, formábamos círculo junto á la espita de un tonel inclinado hacia nosotros de una carreta, cuyas varas estaban en el aire. Una vela pegada en el barril nos alumbraba; una arpillera



CHATEAUBRIAND CORRIGIENDO SU MANUSCRITO EN UN VIVAC DEL EJERCITO DE CONDÉ.

colocada diestramente nos servía de techo. *Dinarzade*, con su espada atravesada á lo Federico II, de pié junto á la rueda del carruaje y la grupa de un caballo, contaba una historia con gran satisfacción nuestra. Las cantineras que nos traían la pitanza se quedaban allí para escuchar á nuestro árabe. La tropa atenta de bacantes y silenos que formaban la comparsa, acompañaba la narración con muestras de sorpresa, aprobación ó desaprobación.

—«Señores, decía el narrador: ¿todos habeis conocido al caballero Vert, que vivía en tiempo del rey Juan?» Y cada uno respondía:—«Sí, sí.» mientras él engullía una salchicha.

—«Este caballero Vert, como sabeis, puesto que lo

habeis visto, era muy hermoso: cuando el viento levantaba sus cabellos rojos sobre su casco, parecía á una guirnalda de lino sobre un turbante verde.» La asamblea:—«¡Bravo, bravo!»

—«En una noche de mayo sonó una bocina en el puente levadizo de un castillo de Picardía ó de Auvergne, poco importa. En este castillo vivía la *dama de las grandes compañías*. Recibió bien al caballero; lo hizo desarmar, conducir al baño, y se vino á sentar con él en una magnífica mesa; pero ella no comió, y los pajes que servían eran mudos.»

La asamblea:—«¡Oh! ¡oh!»

—«La dama, señores, era grande, chata, flaca y dislocada, como la mujer del Mayor; por otra parte,

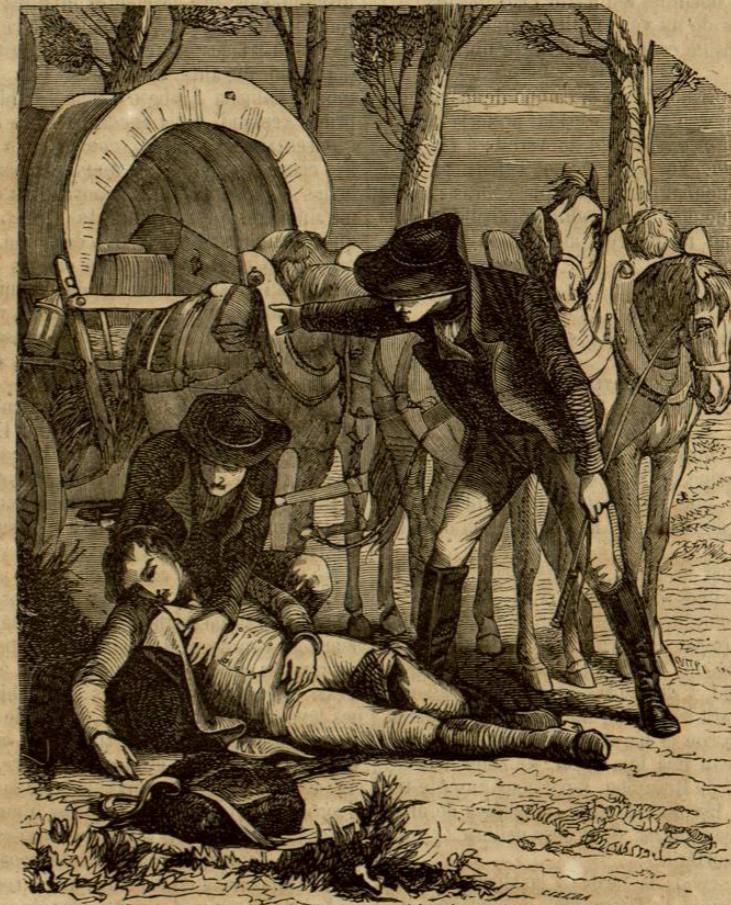
mucha fisonomía y aire de coqueta. Cuando reía y enseñaba sus dientes largos bajo su corta nariz, no se sabía ya dónde estaba. Ella se enamoró del caballero, y el caballero de la dama; á pesar de que le daba miedo.»

Dinarzade vació la ceniza de su pipa y quiso llenarla de nuevo; pero se le obligó á continuar.

—«El caballero Vert, muy anonadado, se resolvió á abandonar el castillo; pero antes de partir, pide á la castellana explicación de muchas cosas extrañas; él la ofrecía al mismo tiempo su blanca mano, con tal de que no fuera hechicera.»

El espadon de *Dinarzade* estaba clavado y colocado entre sus rodillas. Sentados é inclinados hacia adelante, formábamos alrededor de él con nuestras pipas una guirnalda de chispas como el anillo de Saturno. De repente gritó como fuera de sí:—«¡Pues, señores; la *dama de las grandes compañías* era la muerte!»

Y el capitán, rompiendo las filas y gritando:—«¡La muerte! ¡la muerte!» hizo huir á todas las cantineras. La sesión se levantó; el ruido fue grande, y las risotadas prolongadas. Nos acercamos á Thionville al ruido del cañon de la plaza.



CHATEAUBRIAND ES SOCORRIDO POR LOS CRIADOS DEL PRÍNCIPE DE LIGNE.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

NOCHE EN LOS PABELLONES DE ARMAS.—PERRO HOLANDES.—RECUERDO DE LOS MÁRTIRES.—MI COMPAÑÍA EN LAS AVANZADAS.—EUDORO.—ULISES.

El sitio continuaba, ó por mejor decir no había sitio, porque no se abría brecha y no había tropa suficiente para el asalto. Se contaba con inteligencias y se esperaba la noticia de los triunfos del ejército prusiano ó del de Clairfait, con el cual se hallaba el cuerpo francés del duque de Borbon. Nuestros pocos recursos se agotaban; París parecía que se alejaba. El mal tiempo no cesaba; estábamos aislados en medio de nuestros trabajos: yo me despertaba algunas veces en una zanja con el agua hasta el cuello: al día siguiente amanecía tullido.

Entre mis compatriotas había hallado á Ferron de la Sigoniere, mi antiguo camarada de clase en Dinau. Dormíamos mal bajo nuestro pabellon; nuestras cabezas, fuera de la tienda, recibían la lluvia gota á gota. Me levantaba, y me iba á pasear con Ferron por delante de los pabellones de armas, porque todas las noches no eran tan divertidas como las de *Dinarzade*. Marchábamos silenciosos, escuchando la voz de los centinelas, mirando las luces de las calles de nuestras tiendas, como habíamos visto en otro tiempo en el colegio los faroles de nuestros corredores. Hablábamos del pasado y del porvenir, de las faltas que se habían cometido y de las que se cometerían; deplorábamos la ceguedad de los príncipes, que creían volver á su patria con un puñado de servidores, y afirmar con la ayuda del extranjero la corona en la cabeza de su hermano. Me acuerdo de haber dicho á mi camarada que la Francia querría imitar á la Inglaterra; que el rey perecería en el cadalso, y que proa-